al hablarnos de la lengua Griega, hermana mayor de la Latina y ambas progenitoras del idioma Castellano, y al tocar necesaria y forzosamente la cultura etnográfica de aquella Madre inmortal de la inspiración y del arte, para revelarnos el canon de la belleza helena, que fué, es y aún seguirá siendo el prototipo de las concepciones más hermosas, más ideales y más metafísicas de la inteligencia humana, su voz se elevó hasta el diapasón de la elocuencia demostina, y en un arranque de brillante erudición lanzó contra aquélla, no un anatema, que por fútil habría sido indigno, sino un apóstrofe sublime, mitad enumeración encomiástica de tan espléndida grandeza, y mitad sensata rectificación de sus tendencias antropomórficas. Hablándonos así, se nos reveló filólogo, filósofo y artista.

Un día y otro día, nos llevó después en fuerza de su genio hasta el santuario del saber y nos mostró con derroche de tino y buen sentido, cómo "ninguna filosofía puede darnos una idea más perfecta de las cosas, que la palabra misma en que se encarnaron, y ensalzando y con justicia los estudios lingüísticos y filológicos, nos hizo comprender por el análisis etimológico-filosófico de la palabra *alma* "que los latinos aprendieron de los griegos á pensar, á formar su lengua y hasta su fraseología para morir;" nos enseñó á discernir los errores del paganismo encerrados en la idea panteista que tenían de la palabra *Dios*, y remontándose al exámen de las lenguas primitivas pudo probarnos que al través de las palabras *hombre, idea, iglesia, evangelio*, etc., etc., la ciencia del lenguaje y la narración bíblica se unificaban harmónicamente y coincidían de manera luminosa. ¡Cuántas y cuán hermosas enseñanzas no debimos á su sapiente é inspirado labio! Ellas, propagándose luego, engendraron el estímulo de aprender las lenguas sabias originarias del Evangelio, y con su filosofía admirable prepararon bien pronto la era de esplendor más brillante que ha tenido el Seminario de Guadalajara.

Después de nosotros, generaciones sucecivas, ó mejor dicho, cursos subsecuentes al nuestro y tan numerosos ó más que él, fueron á sentarse al lado de nuestro Maestro queridísimo y á recibir de él ciencia para sus espíritus, y virtud para sus corazones. El tiempo, nos arrebató entonces su presencia; por la distancia, se amortiguó el eco de su voz paternal: ¡sólo en el santuario de los recuerdos, vivía radiosa la figura veneranda del Sr. Silva, y ni un día, ni un solo instante fué velada por el negro olvido!.... ¡El amor que reina en el corazón del hombre, dice una sentencia árabe, no se borra jamás de la memoria!....

VIII.

SE quiere la comprobación de tales asertos? Búsquenla los contemporáneos en el origen filial, en el regocijo entrañable y en el esplendor de las festividades que pudimos consagrar al jubileo sacerdotal, á las Bodas de Plata como Presbítero de nuestro

Maestro queridísimo; y hállenla los pósteros en este Album, monumento apocalíptico del más puro, del más leal, del más legítimo y del más acendrado de los cariños de la tierra. "El pensamiento es un poder," ha dicho Victor Hugo; pues bien: el pensamiento y la gratitud han dado vida á estas páginas que nos sobrevivirán indudablemente, pregonando *urbis et orbe* el sacrosanto afecto que las dió vida. Ellas hablarán categóricamente y con más amplitud y libertad que nuestros corazones; depondrán como testigos irrefutables y fallarán como jueces incorruptibles; porque desde que el pensamiento del hombre pudo encarnarse en los caracteres del asombroso descubrimiento de Juan Guttemberg, los sentimientos del corazón humano quedaron redimidos del olvido y de la muerte. Y de que tampoco nos olvidaremos del Ilmo. Sr. Silva en lo futuro, por cuantos días más quiera todavía el Padre Omnipotente conservarnos en la brega penosa de la vida, ahí van en garantía, para los unos y los otros, estas juiciosas palabras del Abate Lamennais: "El amor no se cansa, es infatigable, es inagotable: vive y de sí propio renace; y cuanto más se prodiga, tanto más abunda." Palabras que llamamos *juiciosas*, porque están de acuerdo absolutamente con la naturaleza biológica del sentimiento más poderoso de todos cuantos se albergan en el alma del hombre. El amor, reza una sentencia doctrinal, es la elevación de todas nuestras potencias á la última potencia. Y el amor filial que comienza siendo el primer acto consciente del niño, se convierte en el deber más imperioso del hombre y en el acto más moral, más ineludible y más culto de todo miembro de una porción civilizada de la humanidad. Se concibe á Guzmán *el bueno* arrojando el puñal dentro de las murallas de Tarifa para que con él sea sacrificado su hijo; pero sólo se enaltece, se ensalza y se bendice al piadoso Eneas llevando sobre sus espaldas á su padre Anquises en los momentos fatales en que Troya, su cara é infortunada patria, perece entre las llamas y los horrores de la inhumana guerra, que hicieron exclamar en el paroxismo del dolor á Panto: *"fuit Ilium, et ingens gloria Teucrorum."*

IX.

HEMOS concluido. Pero no estamos satisfechos: el impulso de gratitud inextinguible que depositamos en el activo de esta empresa, no puede por su escaso valer intelectual, balancear en el libro de nuestra vida el pasivo que arroja el caudal de bondades con que nos ha colmado la mano bienhechora de nuestro Maestro queridísimo: la palabra es un tributo del pensamiento; y nosotros le debemos algo más que el fruto de la educación que supo impartirnos. Jamás, pues, saldaremos deuda tan sagrada. El peso de esta gratitud nos abrumará hasta el instante de deponer el fardo de la vida

en los umbrales de la puerta obscura de la muerte, y será el patrimonio que legaremos irremisiblemente á nuestros hijos. Entre tanto, quépanos la satisfacción de tener el arrojo de cumplir con lealtad nuestro deber, revelando á todos quién y cuán excelso es el 3er. Obispo de Colima. Habremos siquiera probado no merecer en manera alguna el reproche que encierran estos conceptos sibilinos del gran sociólogo Max Nordau: "La enfermedad grave de nuestra época es la cobardía. No hay el valor de desplegar la bandera, de asumir la responsabilidad de lo que se cree que es la verdad, de poner de acuerdo los actos y las convicciones. Se considera que es prudente y hábil conformarse con los usos, observar las exterioridades, aun cuando en el fuero interno se haya roto completamente con todo esto. No se quiere molestar á nadie ni herir ninguna preocupación. A esto se llama "respetar las convicciones ajenas."—Esta falta de valor y de sinceridad es lo que prolonga una vida de mentiras y retarda á ojos vistos el triunfo de la verdad."—Nó, no comulgamos aquí, ni nunca jamás, con tan degradante convencionalismo! Habrá rudeza en nuestros juicios, pero no falta lealtad en las ideas; carecerán ciertamente de eufemismo las dicciones, pero la verdad sin artificio habrá hecho ver cómo anima élla sola la contextura de las frases con que hemos laboriosamente trabajado estas páginas: ¡que la verdad resplandezca, que la verdad brille, que la verdad bañe con su meridiana luz la personalidad singularísima del Ilmo. Sr. Silva, ese varón justo á quien Jenofonte habría llamado, como al Padre de la Moral filosófica, "el mejor de los mortales," y para quien sin hipérbole habría trazado Herodoto su sentencia: "tu memoria será imperecedera;" Homero, su aforismo: "Yo amo decir la verdad.... Vuestro nombre no perecerá con vos," y Alfonso de Lamartine, estos singularísimos elogios: "fué el más espiritual y el más amable de los hombres honrados.... supo pensar bien, hablar bien.... y tuvo demasiada prudencia en su sabiduría y demasiada habilidad en su virtud:" ¡he ahí todo nuestro objeto! De seguro no lo obtendremos completo y en todos sus resultados; resignémonos: la felicidad en las empresas humanas, ha dicho Víctor Cherbuliêz, no es otra cosa que el arte de saberse consolar, supuesto que con élla sucede, según la admirable afirmación de Julio Fabre, "lo que con el horizonte, siempre se halla á nuestra vista y nunca á nuestro alcance."

Resignémonos; pero invocando la sinceridad de Sophocles: "¡que yo muera si no digo la verdad!"....

¡Ah, Padre intelectual, solícito y amante: querríamos que la última palabra que aquí vamos á dirigirte, en nombre propio y en el de todos tus primeros discípulos, saliese de nuestra pluma con la vehemencia peregrina de aquella imprecación de Mad. Roland al caminar al patíbulo, ó con la sublimidad del apóstrofe de Eschylo en boca del desdichado Prometeo; que tuviera alma para que llegase hasta tu espíritu y se encarnase en un latido de tu corazón; que te hablase de ayer y hoy; de nuestro amor, de nuestro respeto, de nuestra gratitud y de nuestra venera-

ción sin límites y sin medida....—¡no la encontramos en la mente, ni tenemos poder para crearla!—espera, pues, que venga en nuestro auxilio el Mantuano divino, y en la lengua inmortal que tanto te afanaste en hacernos aprender, deja que te digamos al poner en tus manos virtuosas esta humilde ofrenda de los tuyos:

adcipe et haec, manuum tibi quae
monumenta mearum
sint,.... et longum ...testentur amorem
.....Cape dona extrema tuorum!

Guadalajara, julio 2 de 1898.

Cipriano C. Covarrubias.